

Zelá Brambillé

# **Somos electricidad**

Gracias al único que jamás me ha abandonado. Aunque a veces sienta que estoy varada en la oscuridad, gracias por darme fuerzas, por sorprenderme cuando creo que nada asombroso podría pasarme y abrir las ventanas de mi alma para que disfrute el paisaje.

Tú no, los humanos sí.

*Para ti, que guardas relámpagos en el alma.  
Si llueve empápate y disfruta la estruendosa sinfonía.*

## PREFACIO

*Años atrás*

Ser el nuevo no era divertido, la mayoría de sus compañeros se lo quedaban mirando con curiosidad, pero ninguno se atrevía a acercarse al pobre chiquillo desolado en una banca del patio del instituto.

A él le gustaba su escuela anterior, ahí tenía amigos, nunca se quedaba solo durante los recesos y no tenía que usar un horrible uniforme que amenazaba con ahorcarlo.

No podía quejarse, era normal que le rehuyeran como si apestara a zorrillo, había hecho todo lo posible para que su padre no lo llevara a ese lugar que, más que colegio, parecía un castillo embrujado. Ninguna táctica le funcionó.

En la entrada, a eso de las ocho de la mañana, se había atrevido a hacer un berrinche, lloriqueando, gritando y haciendo pucheros, poco le faltó para tirarse al suelo y patalear. Lo único que consiguió fue un coscorrón en la cabeza de parte de su progenitor, las miradas reprobatorias de los profesores y las risas burlonas de los alumnos.

Lanzó un suspiro cargado de resignación, apoyó los codos en sus rodillas inclinándose hacia adelante y enfocó el suelo.

De pronto, sintió una presencia a su costado. Alguien se sentó a su lado, y por el rabillo del ojo vio a un chico con un videojuego portátil. Llevaba el mismo uniforme que él, el cual consistía en un ridículo overol, una camisa blanca y una

boina de cuadros azules en la cabeza.

Se propuso ignorarlo. Aunque, ¿qué hacía ahí, de todas formas? Era su banca, él se había sentado primero.

—Hola —dijo el niño desconocido sin despegar los ojos de su juguete.

Pero Manfred no contestó, sino que se arrastró hasta quedar en la orilla opuesta del asiento con casi medio cuerpo fuera. Si no entendía que no quería charlar con él significaba que era tonto.

—¿Quieres jugar? —insistió el jovencito, bajando el videojuego para poder concentrarse en el otro, intrigado por el mal humor del recién llegado, quien hizo como si no hubiera dicho nada. En lugar de molestarse, a Ashton le pareció muy divertido, no era como el resto, por lo que chasqueó la lengua y se mordió el interior de sus mejillas para no sonreír—. Es que te da miedo porque no podrás superarme, ¿verdad?

Aquellas palabras fueron como dinamita, Manny se giró y se estiró para arrebatarse el dichoso juego.

¿Pero qué le pasaba a ese chico!? ¡Lo iba a superar como que se llamaba Manfred Clark! Y lo hizo, venció a Ashton Ford en esa ocasión, por lo que al día siguiente se encontraron en el mismo sitio para la revancha, y el día siguiente y el siguiente...

Al final la excusa se quedó en el pasado y sin darse cuenta se convirtieron en mejores amigos.

## PARTE I

Esta noche pasaste por mi camino  
y me tembló en el alma no sé qué afán,  
pero yo estoy consciente de mi destino  
que es mirarte de lejos y nada más.

No, tú nunca dijiste que hay primavera  
en las rosas ocultas de tu rosal.  
Ni yo debo mirarte de otra manera,  
que mirarte de lejos y nada más.  
Y así pasas a veces tranquilo y bello,  
así como esta noche te vi pasar.

Fragmento del poema *Amor imposible*.

JOSÉ ÁNGEL BUESA

## UNO

Pasó la agujeta hacia el lado contrario y por debajo de la otra apretó. Formó un moño bien calculado y volvió a apretar. Repitió el procedimiento dos veces más porque su madre siempre le había dicho que era más seguro de esa forma. Si aseguraba las agujetas habría menos posibilidades de que cayera.

Sabía que solo estaba retrasando la tortura, él prefería pasar el rato en lugares más tranquilos, quizá leyendo un libro de *Dickens* o continuando ese ejemplar de *Los hermanos Karamazov* que descansaba en su mesita de noche porque había sido su propósito de Año Nuevo; pero el legado de su familia aseguraba que tenía buenos genes para el básquetbol. Genes o no, sus sentimientos hacia dicho deporte casi rayaban el odio. ¡A la mierda los genes!

Hizo una mueca y chasqueó la lengua con resignación. Por más que quisiera huir o esconderse en la cueva más recóndita del planeta, no podía hacerlo... o, más bien, no le dejaban abandonar el baloncesto, sería como insultar a sus ancestros, y lo que menos quería era enervar a su padre con algo tan estúpido como eso.

Relamió sus labios agrietados en un vano intento de darse valor, a él no le gustaban esas cosas; no obstante, su padre estaba poniendo demasiada presión sobre sus hombros. Para sobrellevar sus problemas no existía otra alternativa más que salir a la cancha, aunque terminara haciendo el ridículo, como cada vez que lo intentaba.

No deseaba levantar sospechas en un hombre que sospechaba de todo, era una cruz que no estaba dispuesto a cargar. Manny sabía perfectamente quién era, pero todavía era muy difícil para él aceptarlo delante de la gente.

No podía decir con exactitud cómo se había dado cuenta de que era diferente al resto de sus compañeros. Un recuerdo cruzó su mente, jamás olvidaría ese momento:

*Por órdenes de su padre tuvo que hacer la prueba para entrar al equipo de básquetbol, pues él aseguraba que era la mejor actividad extracurricular y que debía seguir la costumbre de la familia.*

*Aceptó el desafío porque sabía que era un asco y que no le darían la entrada, jamás se le cruzó por la cabeza que Ashton —quien ya era parte del equipo— hablaría con el entrenador y daría buenas referencias de él. No le dieron un puesto, pero sí lo convirtió en suplente. No le reclamó a Ash porque no lo había hecho para molestarlo, pero sin duda alguna detestaba cada minuto que pasaba en el entrenamiento, y peor todavía en los juegos.*

*Su cuello era un mar de sudor, la camiseta mojada se le pegaba al cuerpo, necesitaba darse urgentemente una ducha. No obstante, se quedó en el exterior de los vestidores de los chicos, esperando que el tumulto de jóvenes saliera.*

*Siempre que pasaba eso se sentía como un idiota, pero era eso o enfrentar la tortura de observar los cuerpos desnudos de sus compañeros, que tenían las hormonas tan alborotadas como las suyas.*

*Ashton se ubicó junto a él mirando hacia la entrada.*

*—No me digas que sigues pensando esa estupidez —dijo el chico al tiempo que se secaba el sudor que le salía a borbotones.*

*Manny le había echado una pequeña mentirjiilla para que dejara de preguntarle por qué no entraba, se aseaba y listo. Le dijo que era*

*inseguro y no quería que los demás lo vieran. Nada más alejado de la realidad.*

*—Pues sí —se limitó a decir. Esperó que Ash entrara, cosa que no hizo. Tragó saliva con nerviosismo y le dio una mirada de reojo, su amigo lo estaba observando con atención—. ¿Qué?*

*—Tienes que superar tus miedos, Man —respondió—. A lo mucho se burlarán, luego se reirán de otro, no te lo tomes como algo personal.*

*Iba a responder, pero Ashton afianzó su codo y lo arrastró. Abrió los párpados con horror, ¡infiernos! Se zangoloteó para que lo soltara, incluso clavó los talones en el suelo. Nada funcionó. Terminó en el interior de los vestidores, respiró hondo para tranquilizarse y se obligó a no mirar.*

*Afortunadamente todos estaban en las duchas, se desinfló. La calma duró poco, pues su más terrible pesadilla sucedió, Ash se quitó la playera sudorosa y después los shorts junto con los calzoncillos.*

*—¿Lo ves? No pasa nada —le aseguró Ashton mientras sacaba una toalla de su casillero y se encaminaba hacia las duchas.*

*No tenía idea del conflicto en el interior de Manfred, quien no podía negar más la naturaleza de sus sentimientos. Al principio creyó que era cariño amistoso, pero con el severo problema que empezó a surgir dentro de sus pantaloncillos quedaban confirmadas sus suposiciones.*

*Manny era gay, muy gay.*

*¿Para qué seguir negándose lo obvio?*

Manfred vivía en una pequeña casa con su madre y su padre, quienes seguían al pie de la letra las leyes de Dios. Desde que era un crío le habían enseñado las reglas de la iglesia a la que pertenecían. El señor Edward Clark era el patriarca de la familia y la señora Olivia era una mujer que obedecía los mandatos de su marido solo porque la biblia lo decía.

El chico era una oveja perdida que no deseaba regresar al rebaño. Sin embargo, no quería decepcionar a su familia, estaba seguro de que tarde o temprano pasaría cuando se enteraran de su secreto, así que esconderlo era lo más cuerdo por el momento.

Había sido testigo de cómo su círculo social llevaba repelente contra las

personas diferentes. Podían considerarlo distinto, aunque fuera más humano que muchos de ellos.

Se irguió y pasó la mirada por el extenso campo rectangular. El gris del concreto, decorado por líneas de colores, relucía por los rayos de un sol que se estrellaban en el suelo y producían espejismos. Hacía calor, demasiado. Tuvo que pasar el dorso de su mano para limpiar el sudor que se le había acumulado en la frente.

Sintió una mano sobre su hombro, giró la cabeza para buscar al causante de mencionado toque. Ahí estaba él con su cabello caoba, que se veía más rojizo de lo que era por la luz del lugar. Le dieron ganas de pasar sus dedos por la larga cabellera y comprobar si era suave, sedosa; pero apretó las manos en puños para ahogar ese anhelo que lo consumía.

¿Qué otra cosa podía hacer?

No podía seguir con esa mierda ahora.

Empujó esos pensamientos hasta dejarlos en un rincón, en el mismo donde los ocultaba cada vez que luchaban por salir. A pesar de que sabía que sus deseos eran irracionales, le costaba trabajo no mirar con detenimiento cómo los pantaloncillos se pegaban a los muslos de ese joven que había sido parte de su vida desde los doce.

Desvió la mirada y la clavó en el entrenador Fitzgerald, quien pronunciaba un apasionado discurso en el centro del escenario deportivo.

Ashton Ford era su debilidad, y las debilidades hay que guardarlas en lo más profundo para que no terminen dominando lo que eres.

—Oye, no estés todo raro, sabes que eres genial cuando te concentras, pero tu padre te puso todas esas tonterías en la cabeza. Solo déjalo salir, Man —dijo Ash.

Era el único que lo llamaba así, le gustaba la familiaridad entre ellos, siempre lo había hecho. Desde que descubrieron en el patio de la escuela básica que amaban jugar a videojuegos no hubo poder humano que separara a esos dos que, más que amigos, parecían siameses.

—Lo dice la estrella del equipo —canturreó Manny volcando los ojos. Ashton soltó una risita entre dientes y palmeó su espalda, como hacía siempre que le daba miedo entrar a su casa y enfrentarse a su padre después de haber violado el toque de queda.

Muchas veces se había quedado afuera de esa construcción que se suponía era

su hogar. Entonces, su mejor amigo le daba asilo. La familia Ford era la típica agrupación americana que hacía parrilladas y dejaba que el menor hiciera lo que deseara porque era el único varón en medio de un montón de mujeres. Habían recibido a Manny con los brazos abiertos, el joven amaba ser consumido por la normalidad y el desparpajo los fines de semana que pasaba con ellos.

—Hay talentos que no pueden esconderse, aunque lo intentemos, casi como el amor y la atracción —respondió alzando las cejas graciosamente. Manfred resopló ante su tonta frase y lo miró mientras se dirigía al centro del campo para reunirse con el resto del equipo.

No dudó en hacer lo mismo cuando Fitzgerald le dio una mirada mordaz y lo señaló con su dedo índice. Era un buen tipo, de extrema altura y tez morena, las camisetas de *lycra* le quedaban apretadas. Unos cuarenta años o más, le calculaba. Su entrenador no era el más parlanchín, por lo que eran pocos los datos que sabían.

Arrastró los pies por el suelo como un niño pequeño y se colocó en una de las dos hileras humanas enfrentadas que se habían formado. Frente a él estaba este chico *playmaker* odioso que lo molestaba siempre. Era una especie de bravucón que adoraba lanzar la pelota como si la distancia se tratara de kilómetros y no de un par de metros. Solo por eso Manny lo detestaba, porque lo hacía correr a propósito y recibía uno de los gritos del *coach* por no haber sido capaz de recibir la bola.

Los lanzamientos dieron inicio, y una decena de balones anaranjados voló de un lado a otro, por supuesto que Jerry torció la boca con burla y pasó un proyectil que se estampó directo en su pecho. Jadeó y entrecerró los párpados, conteniendo su furia. Así iniciaba siempre, la mayoría de las veces quería partirla la jodida cara hasta que se desangrara por la nariz; pero eso significaría un reporte y seguramente un castigo de parte del dictador que tenía por padre.

No valía la pena.

Manny apretó los dientes y se rogó calma, repitió en su mente una y otra vez que Jerry era un idiota. Ya se había acostumbrado a las burlas del grandulón.

Decidió que ignorarlo era una opción factible, pero rogó clemencia a los cielos cuando el balón salió volando mucho más allá de los límites. El tipo aplicaba más fuerza de la necesaria solo porque le gustaba molestar. Lo sabía al igual que el equipo, Fitzgerald también, pero nadie hacía nada porque era el hijo de uno de



los empresarios benefactores de los *Eagles*.

Fue por la pelota y respiró profundo para no perder los estribos. Sabía que todo el asunto de las bromas pesadas se debía a su estatura y complexión delgada. Manny lucía como un pequeño palo de escoba en comparación con las montañas de madera que eran otros. Eso y que era respetado por ser el mejor amigo del *alero*, puesto que Ash se había ganado al ser rápido y preciso, el tipo había nacido para el baloncesto.

Sí, todo era jodido, pero al menos mantenía a su papá contento.

Se mordió la lengua cuando el cretino de pacotilla volvió a hacer lo mismo, esta vez riendo por su hazaña. Manny no fue por la pelota, porque había tenido suficiente. En cambio, se le lanzó al muchacho y lo tomó por la camisa blanca de tirantes.

Escuchó exclamaciones, no le importó que los demás se acercaran y le pidieran que se calmara.

—Para tus juegos, Donovan —gruñó. Jerry soltó una carcajada en voz alta y se sacudió para soltarse, algo que consiguió a medias.

—¿Qué harás si no? ¿Va a venir tu papá a partirme la cara o va a darme una ofrenda? —El que iba a darle un golpe en cualquier parte como ofrenda sería él mismo, no necesitaba de nadie para desfigurarle el rostro. Que la gente sacara ese tipo de cosas lo enfermaba. No era ningún secreto que al señor Clark le gustaba de avergonzarlo. En ocasiones su padre no se controlaba.

Recordó aquella ocasión en la que fue a reclamarle a la profesora de Química cuando le había puesto un ocho en vez de un nueve. También el día que se plantó en la entrada de la institución para evangelizar a las chicas que vivían en el pecado por haber perforado sus ombligos. Manny había rogado para que no lo hiciera. Por supuesto que su progenitor le jaló el lóbulo de la oreja para callarlo, y sus compañeros se burlaron de él mucho tiempo después del mencionado suceso.

El castaño elevó el puño, listo para callar esa bocota que soltaba pura basura. Sin embargo, alguien tomó su codo justo a tiempo, impidiendo el ataque y echándolo hacia atrás. Otros más se unieron a la tarea de separar al espectáculo en el que se habían convertido.

Sabía muy bien de quién era esa mano que se cerraba en su antebrazo y apretaba con agresividad, como si estuviera conteniéndose.

—¿Qué está mal con ustedes, muñequitas? Si van a tener problemas que sea

fuera de las prácticas. No quiero discusiones aquí —soltó el entrenador.

Quería vomitar, no sabía cuánto más iba a soportar, tampoco si iba a resistir cuando la burbuja explotara a su alrededor.

Se deshizo de los dedos que lo sostenían y salió disparado hacia ninguna parte en particular, con las ganas de esconderse debajo de una roca y nunca más salir. Unas cuantas voces le pidieron que regresara porque el campeonato se acercaba y era obligatorio practicar, y él quiso reírse a carcajadas. Como si fueran a echar de menos a uno de los suplentes...

Salió de Beacon High como alma prendida por las llamas del infierno, ni siquiera entendía por qué estaba tan molesto si ya estaba acostumbrado a las idioteces de Jerry Donovan.

Muy en el fondo sabía la respuesta: su padre seguía presionando para que pidiera una beca deportiva en la universidad del estado, el jefe de la familia quería que el pequeño de los Clark estudiara economía —como él—.

La etapa en Beacon estaba a punto de culminar y debía pensar en su futuro, no tenía claro qué quería hacer con su vida, lo único despejado en su mente era que por ningún motivo estudiaría algo relacionado con lo que su padre deseaba.

Caminó hacia la salida, esquivando algunos saludos que no le apetecía corresponder y se montó en su antaño bicicleta ya sin preocuparse en cumplir el horario escolar. Necesitaba respirar y sabía perfectamente a dónde tenía que ir para lograrlo.

El manubrio giraba según sus órdenes, la llanta delantera hacía caso y juntos lo dirigían a un destino que ya conocía muy bien. El camino le supo demasiado familiar porque Ashton y él habían recorrido esas calles muchas veces.

Aseguró su vehículo junto a un árbol y descendió como una máquina por la colina. Había muchos pinos y arbustos, el aire estaba lleno de ese olor característico a tierra y hojas secas. No había nada más relajante que eso para él. Era su lugar, su paraíso personal.

No era un parque, tampoco un bosque, era solo una arboleda que estaba escondida del resto de la humanidad. Un sitio que usaban para esconderse del mundo cuando era necesario, revelar secretos si no podían ser guardados o simplemente para tomar una siesta en vez de ir al aula de la clase de Matemáticas.

Ashton y él lo habían bautizado como «Sinfín.»

Encontró un tronco y se dejó caer en el piso arenoso, apoyó la espalda en esa

superficie arrugada y cerró los ojos. Enmudecido, disfrutó de los sonidos de los pájaros y se relajó por primera vez en la semana. ¡Dios! ¡Cuánto había necesitado sentarse y hacer nada!

Los minutos pasaron, Manny no se movió ni un poco, no quería que la recién adquirida paz fuera ultrajada y perdida. No fue hasta que escuchó los pasos de alguien que se puso alerta. Apretó la mandíbula cuando lo vio aproximarse. A veces deseaba que Ashton no supiera todo lo que sabía de él, en ocasiones quería alejarse y otras tantas no hacerlo.

Quería decirle que se fuera, que lo dejara porque no le apetecía verlo; pero al mismo tiempo deseaba contárselo todo, confesarle sus sentimientos, los pensamientos que no lo dejaban dormir durante las noches. ¿Por qué tenía que ser tan difícil? ¿Por qué el mundo no podía dejar de mirar los problemas de otros para arreglar los propios? ¿Por qué tenía que sentir esa agonizante atracción hacia la única cosa buena a su alrededor?

Ashton era como un hermano para él, no quería perderlo, lo necesitaba porque significaba seguridad, era su casa. No podía imaginar su rostro al enterarse de que el chico con el que compartía sus más íntimos secretos era gay y estaba muy colado por él. Iba a romperle el labio e iba a quemarlo sin piedad. Lo perdería.

Un nudo se formó en la base de su garganta mientras veía cómo este se sentaba a su lado. De soslayo miró su perfil recto y sus pómulos afilados, mordió con fuerza el interior de su mejilla, porque otra vez estaba teniendo la clase de fantasías imposibles y dolorosamente placenteras; pero al fin y al cabo eran eso: fantasías.

## DOS

Se quedó callado y echó el cuello hacia atrás para mirar el cielo claro que

coronaba en las alturas su cabeza. Viró para poder verlo y estancó sus ojos marrones en unos pardos que no le quitaban la mirada de encima. Esperó a que pronunciara algo, pero se aclaró la garganta cuando se dio cuenta de que no diría nada. Seguía enojado.

—¿Por qué te pusiste así? —preguntó Ashton un tanto confundido por el arretrato de más temprano en la cancha. Sí, era común en Manny desahogar su rabia de alguna forma. Golpeaba las paredes o ahogaba gritos en su almohada, pero jamás en las personas. Últimamente su amigo actuaba demasiado raro, había veces que incluso sentía que lo apartaba, que le escondía algo—. ¿Qué está pasando, Man? ¿Es algo relacionado con Edward? Si es eso ya te dije que mi mamá te recibirá con los brazos abiertos...

—¡No viviré en tu casa! —exclamó el otro con la mandíbula apretada. Ash arrugó la frente a causa de la reacción tan exagerada. Como no era que no le gustara estar con su familia no entendía qué pasaba. Manny soltó un suspiro y talló su cara como si se acabara de dar cuenta de su actitud poco amigable—. Lo siento, Ash, sabes que me agrada estar en tu casa, pero tampoco quiero ser un arrimado. Papá quiere que aplique para economía en la estatal, no me escucha y estoy harto. Yo no soy el hijo que él quisiera tener, he pensado en huir.

—¿Escapar? ¿A dónde? —preguntó, ladeando la cabeza, más intrigado que sorprendido.

—Estoy por cumplir los dieciocho, puedo buscar un empleo y luego... ya veré.  
—Escuchó con atención, pero regresó la vista al frente. Ashton se quedó mirando a una hormiguilla que caminaba sobre una hoja seca.

—¿Te acuerdas cuando éramos niños y nos obsesionamos con Drácula? Dijimos que iríamos a vivir a su castillo y nos esconderíamos en su ataúd.

Manny soltó una risita divertida. ¡¿Cómo olvidar aquellos tiempos en los que todo parecía tan sencillo!?

—Y solo saldríamos por las noches para morder a la gente —dijo él.

Ambos lanzaron una carcajada, tal vez recordando aquellas aventuras que habían hecho a lo largo de su niñez. Travesuras que habían alegrado sus tardes, como salir corriendo después de tocar el timbre de una casa o realizar bromas a los chicos de la escuela básica. Una vez depositaron pegamento en el asiento de un maestro y se manchó de blanco la parte trasera del pantalón. Se ganaron una semana en detención.

Eran diferentes, pero a la vez muy iguales. Eso se podía ver a simple vista, muchos se preguntaban cómo se soportaban. Mientras Manny detestaba los deportes, Ashton era protagonista de cualquier actividad deportiva. Uno adoraba el arte y el otro, si sabía de Picasso era un milagro. Ash era más alto, le sacaba media cabeza, pero cuando peleaban, su amigo era el fuerte.

Sus personalidades contrastaban, eran polos opuestos; pero al final del día Ashton sabía que nunca nadie ocuparía el lugar de Manny, y Manfred pensaba igual. Aun cuando odiaran las cosas del otro, ellos encontrarían la manera de acoplarse, porque de eso se trata el ser amigos, ¿no? De aceptar al otro y quererlo tal y como es.

—Deja de actuar como si tuvieras un grano en el culo. ¿No te gusta el básquetbol? Abandónalo, Edward entenderá tarde o temprano que no puede hacer de ti lo que no pudo ser. —El muchacho asintió, sabiendo que tenía razón. Iba a levantarse, pero su voz lo detuvo—. Y, Man... sabes que estoy para ti.

No encontró saliva para tragar y disimular el nerviosismo al contemplar sus ojos marrones expresivos, la boca se le secó tanto que pensó que su lengua se haría cenizas. «Yo también voy a estar para ti, Ash, estaré de maneras que ni te imaginas», pensó.

—Ya, deja de ser tan cursi —dijo, en cambio. Recibió unos ojos en blanco y un resoplido entre dientes como respuesta.

Se levantaron y dejaron que Sinfín siguiera con lo suyo.

\*\*\*

Lo invitó a comer, aunque no tenía que hacerlo, era prácticamente su hogar, incluso tenía ropa ahí. La señora Ford los recibió con una sonrisa tan extensa que el pecho de Manny se derritió un poco. La madre de su amigo era una mujer ejemplar.

Era arquitecta y trabajaba en un negocio de bienes raíces con sus cuatro hermanas, eran socias. Les estaba yendo bien. Había escuchado a Ashton hablar de un hotel de lujo que construirían a las afueras de la ciudad; pero él no preguntaba mucho al respecto.

Era viuda. A Luce le gustaba admirar la fotografía de su esposo, que estaba en el escritorio del despacho. Podía pasar horas y horas encerrada en esa habitación.

Murió cuando Ash era apenas un bebé en un accidente de tráfico, así que ninguno de los dos amigos pudo conocerlo. La familia Ford decía que había sido un gran hombre, que hubiera dado todo por su esposa e hijo, y le creía por el tiempo que le profesaba a su recuerdo. A Manny le hubiera gustado tener un padre así y no uno que lo obligara a ser alguien que no era.

Fueron directo a la mesa.

—Hola, abuela —dijo el dueño de la casa, se acercó a la susodicha y dejó caer un besillo en su sien. La anciana respondió con una cálida sonrisa.

—¿Cómo les fue? —preguntó la vieja mientras un recipiente lleno de pasta era colocado en el centro.

Cuando los cuatro estuvieron en sus respectivos puestos se sumergieron en una cómoda plática.

A Manny le gustaba estar ahí, podía hablar sin que sus padres le repitieran que pusiera los codos debajo de la mesa o que usara los cubiertos adecuados. Las señoras reían mientras platicaban, no estaban locas por el control. La casa estaba llena de vida, no como la suya: seria y formal, adornada por cruces y figuras religiosas.

No obstante, había otros motivos, que tenían nombre y apellido. Y estaba justo a su lado, riendo de las ocurrencias de su progenitora y su madre.

Se lo quedó mirando por un momento, su perfil recto terminaba en punta y después seguía una mandíbula cuadrada, ese era el rasgo más varonil en el rostro del joven. Y sus labios... eran... gruesos. Muchas veces había soñado con besarlos, algunas despierto y otras dormido; no importaba cómo, él lo perseguía a todas partes.

Manny giró la cabeza para sacarlo fuera de su radar.

\*\*\*

Más tarde, a eso de las seis, Ashton gritó lleno de frustración cuando su competidor fue derrotado por su oponente en la pantalla. Aventó el control al suelo y negó, claramente indignado por la derrota.

—Tuviste suerte o hiciste trampa, tú dime. Es imposible que ganaras, yo llevaba la ventaja.

—Oh, no seas tan llorón, Ash —dejó escapar una risotada, divertido por el

berrinche, tanto que parecía que en cualquier momento se levantaría y haría una pataleta—. Es un simple videojuego.

Se quedaron silenciosos por unos minutos, quizá recordando que hacía tiempo había sido un simple videojuego el culpable de que fueran amigos. Las viejas tradiciones no podían perderse. La tranquilidad no duró mucho. Un timbre retumbó en las paredes de la habitación, volvió a reír cuando lo vislumbró luchando por sacar el aparato electrónico del bolsillo de su pantalón.

—Hola, preciosa —soltó Ashton en voz baja.

Manfred borró la sonrisa y frunció el ceño, miró hacia otro lado, se concentró en los personajes que bailaban en el interior del televisor celebrando la victoria; pero mantuvo los oídos atentos.

Seguramente era otra de las tantas conquistas del chico, otra que se llevaría a la cama con desesperación y luego apartaría como si nada. No sabía qué le molestaba más, que las lastimara o que lo lastimaran a él. No debía sentirse así.

—Yo también quiero verte, Emily, ¿qué te parece si paso por ti?

¿Emily Grayson? Esa chica estaba perdidamente enamorada de su amigo, no era para nada el tipo de Ashton, ¿qué significaba aquello? Él nunca salía con nadie entre semana. Su cerebro co-menzó a maquilar ideas que no le agradaron y su corazón se agrie-tó un poco más. Quería irse ya mismo, ¡joder!

—Hablamos luego —susurró Manny hacia el sujeto a su lado, quien lo vislumbró con extrañeza. Salió de ahí antes de que le preguntara algo o cortara la llamada.

Bajó trotando, tan rápido como sus pies le permitieron, y se despidió de la señora Ford, quien estaba arrodillada en el césped del exterior frente a una jardinera.

Todo el camino lo recorrió agitado, no se hacía falsas esperanzas, no creaba sueños con finales de cuento porque ni en utopías pasaría lo que añoraba; pero dolía, dolía como nada existente, porque cada vez perforaba con más ahínco.

A veces el amor duele hasta crear heridas sangrantes, y a veces no hay forma de curarte.

## TRES

El gimnasio estaba repleto de personas con los rostros pintados, las gradas comenzaban a llenarse. Los del lado de la casa iban de blanco y rojo, honrando los colores de los Eagles; la contraparte estaba empapada de azul y negro. Un búho saltaba y peleaba con un águila junto a las porristas, quienes bailaban al ritmo de la música que salía por las bocinas.

Manny, desde las bancas, se preguntó por qué les gustaba... o quizá él era el extraño. Volcó los ojos cuando vislumbró a su padre jalando a su madre para que se adentrara a una fila de asientos. ¿Para qué iba? De todas formas, él no jugaría, ni siquiera entendía cómo se enteraba de los juegos si nunca lo invitaba.

Rememoró lo que había pasado más temprano mientras miraba las noticias sentado en el sofá. El señor Edward entró a la estancia y se sentó a su lado como si quisiera charlar, ¡y vaya que quería! Le dedicó el discurso de su vida. Según él algún día iba a formar una familia, así deseaba que se involucrara más en la iglesia.

En realidad, quería que se acercara a cierta chica para empezar esa dichosa familia, lo cual le parecía ridículo, porque los dos tenían tan solo diecisiete. Lizeth Gold. La hija de un miembro importante del templo, el que dio el dinero para la pintura de las paredes y el piso de mármol nuevo.

De ser otro, habría estado fascinado porque la muchacha no solo era hermosa y atractiva, también era inteligente y bondadosa, las cualidades correctas que todo hombre desearía en una mujer; pero no podía verla de ese modo, y jamás se atrevería a lastimar a alguien para complacer el egoísmo de su padre. Ya encontraría cómo esquivar otra de las locuras del jefe de los Clark.

El alboroto terminó por la entrada del árbitro, y todo comenzó. El primer partido de la temporada dio inicio. Apoyó los codos en las rodillas y observó a sus compañeros.

El tiempo fue transcurriendo, el puntaje era escandalosamente claro. Iban ganando, tanta era la diferencia que ni soñando el equipo contrario tomaría la ventaja.

Como era de esperar, su participación no fue necesaria. Los integrantes de los Eagles se llevaron los gritos enloquecidos del público, Manny también aplaudió y se levantó de su lugar, junto con el *coach*, que blasfemaba con alegría. Su sonrisa se ensanchó cuando Ash brincó y le levantó la mano, era su costumbre.

El final del juego llegó, las animadoras se lanzaron y se colgaron de los cuellos



del equipo. Tuvo el impulso de acercarse para felicitarlos, después de todo, también era parte de ellos; pero se detuvo en seco cuando una figura femenina se hizo paso entre el gentío.

La conocía a la perfección porque alguna vez habían llevado materias juntos, era un secreto conocido por todo el mundo que estaba perdidamente enamorada del joven Ford.

Menuda, castaña, delgada, pero con las curvas bien marcadas. Una belleza de pies a cabeza, delicada, su sonrisa iluminaba todo su rostro, encendía cada elevación y creaba sombras en las concavidades. No, no era la muchacha más guapa de los alrededores, bastante normal. No obstante, tenía cierto aire de fragilidad que incitaba a muchos a cuidarla.

Observó cómo se acercó a su amigo, que la recibió con los brazos abiertos, con una sonrisa de oreja a oreja que demostró cuánto había estado esperando el encuentro. La apretó en un abrazo y hundió su nariz en su cabello ondulado. Manny cerró los párpados con fuerza, un dolor punzante se instaló en su pecho y su respiración se hizo más pesada.

Ya había pasado antes, observaba sus conquistas desde la lejanía y fingía que eso no lo lastimaba. Fingía que era el mejor amigo y confidente, y lo era, pero hubiera deseado que su corazón no se acelerara al escuchar sus secretos.

Llevaba consigo un escudo de acero que lo protegía, no era invencible, en ocasiones las estocadas filosas perforaban sus barreras.

Mierda, él sabía que solo eran fantasías y sueños; pero dolía de igual forma. Le desgarraba el alma que quisiera a alguien que no era él. Estaba de más y debía entender que tenía que sacar esos sentimientos de donde quiera que estuvieran alojados para exterminarlos, porque terminaría lastimado, aún más herido de lo que ya estaba.

Pero, ¿cómo? ¿Cómo sacar de tu memoria algo con lo que has aprendido a vivir? Se acostumbró a tenerlo cerca, imaginarlo lejos también le afectaba.

Se quedó estático, como si la tierra hubiera atrapado sus zapatillas, sentía como si el lodo se lo estuviera tragando. Tal vez habría sido mejor sumergirse en las profundidades a verlo con ella.

Ash rodeó los hombros de la jovencita y lo buscó con la mirada, levantó una ceja como pregunta silenciosa, pero él negó para restarle importancia. Últimamente se sentía como si estuviera al borde de un precipicio, saltaba o

buscaba otro camino.

A lo lejos divisó a su padre dirigiéndose hacia él, no tenía ánimos, no deseaba lidiar con el viejo. Sabiendo que recibiría un castigo, se esfumó tan rápido como pudo. Se escabulló entre la gente y se encaminó a los vestidores para ponerse su ropa y no el estúpido uniforme que empezaba a picar.

Una vez ahí, abrió su casillero con rabia contenida, provocando un estruendo que retumbó en el sitio. Necesitaba golpear algo, necesitaba relajarse o terminaría explotando y lanzando lava. Las cosas no podían ponerse peor, primero su padre jodiéndole la vida, ahora Ashton con su nueva novia. ¿Cuál sería la guinda del pastel?

Golpeó el casillero de al lado, creó una abolladura. Los nudillos le dolieron, el malestar era soportable, así que no le prestó mucha atención e inició la tarea de desvestirse.

Se sacó el pantalón y lo arrojó al contenedor metálico, no sin antes soltar un bufido. Se quedó de piedra cuando un silbido llegó hasta sus oídos.

—¡Vaya! ¡Gracias por arruinar mi casillero, Man! —No contestó, siguió quitándose la ropa de encima con rapidez, quería largarse, deseaba acostarse en Sinfín y cerrar los ojos, hacer como si nada existiera—. Oye, necesitas calmarte. ¿Qué te puso así?

Su palma tocó su hombro y, como si aquello hubiera sido una orden, se relajó. Echó su cuello hacia atrás y tragó saliva.

—Es solo la presión, mi padre y sus ganas de arruinar mi existencia. —Lo escuchó chasquear la lengua con desagrado. Ashton conocía bien al señor Clark, sabía qué tan irritante podía llegar a ser, pero jamás había afectado tanto a su hijo hasta el punto de mantenerlo en vilo cada segundo.

—¿Por qué no vas a la fiesta y te relajas un poco? —No quería ir a una fiesta solo para verlo con esa chica; pero no dijo nada, suspiró con pesadez—. Anda, vamos a tomar y a que te olvides un rato de Edward. Necesitas sacarlo, amigo. Además, sé perfectamente que no quieres verle la cara.

Lo pensó, era cierto. Lo que menos quería era escuchar los sermones de su padre, quizá si se mantenía lo suficientemente alejado no vería a Ashton y tendría paz mental.

—De acuerdo —musitó mientras terminaba de colocarse la camisa.

\*\*\*

Dejó que el alcohol corriera por su garganta, desde que llegó no pudo parar de beber. Sabía que no debía hacerlo, porque cuando se emborrachaba perdía la razón. Y ya empezaba a sentir los síntomas.

La oscuridad se llenaba de luces de colores, se veía como un caleidoscopio. Las personas —sus compañeros, para ser más exactos— movían sus cuerpos sudorosos de un lado a otro en la pista que estaba abarrotada. En unos rincones había gente fumando cosas indebidas y en otros algunos estaban creando películas sexuales que le parecieron de mal gusto.

Dio un último trago antes de que unas manos femeninas tomaran su antebrazo y lo obligaran a introducirse en aquel mar humano.

No conocía a la mencionada, por primera vez en la noche se dijo que debía relajarse, y fue lo que hizo. Dejó caer los hombros y permitió que la música guiara sus pasos. No supo cuánto tiempo se dedicó a bailar, cuando abrió los párpados estaba solo, no había rastro de la muchacha que lo había colocado ahí.

No había visto a Ash en toda la velada, se dedicó a evitarlo lo más posible, pues sabía que se encontraba en alguna parte y lo que menos deseaba era lastimar su ya de por sí lastimado corazón.

Bien... ¡Era hora de irse!

Antes de moverse alguien más apareció en su campo de visión. Eran unos ojos de color verde oscuro, estaban clavados en él, recorrían su cuerpo con descaro. El sujeto de unos rasgos fuertes y varoniles no tenía más de veinte años. Relamió sus labios y esbozó una sonrisa torcida.

La sangre de Manny se calentó, más aún cuando este se alejó de la masa después de hacer una señal con la barbilla. Sabía qué era lo que el joven quería. Se mordió el labio inferior, debatiéndose si era correcto dejarse llevar por los golpeteos de su corazón y la picazón de su boca. Maldijo para sus adentros y empezó a caminar.

Se adentró a un pasillo desierto, rápidamente fue tomado del antebrazo y estampado contra una pared. El cuerpo del gigante se adhirió al suyo, sintió la prueba de su excitación en el vientre. No hubo palabras, todo era demasiado intenso y carnal, estamparon sus labios y se dejaron llevar por los apretones y las caricias duras que solo lograban que las respiraciones se les entrecortaran más.

El tipo sabía a cerveza, sabía a que podía olvidarlo todo con los jugueteos de su

lengua.

No había nada en su mente, no recordaba con quién había entrado a ese bar ni mucho menos se preocupó por no ser descubierto. Se dejó llevar porque lo necesitaba, aunque no tuviera idea de quién se encontraba frente a él.

—¿Manny? —Esa voz lo trajo a la realidad, un balde de agua fría mojó lo que antes estaba ardiendo y lo dejó helado.

¡Cristo!

Se deshizo del grandulón y lo buscó a tan solo unos pasos. No podía verle la cara con claridad debido a las luces apagadas, pero los ojos de su amigo relampagueaban, miraba la escena totalmente confundido.

Había encontrado la guinda en el pastel.

## CUATRO

Las cosas pasaron demasiado rápido como para poder entenderlas y controlarlas. Manny no esperó que Ashton reaccionara de esa manera, creyó que iba a gritar o a hacer un escándalo sobre el tema. Esperó que se fuera del lugar lleno de indignación; pero jamás que se pusiera como un toro y se le lanzara al tipo desconocido para golpearlo. Su rostro era de color rojo, parecía que iba a explotar en cualquier momento, soltaba bufidos entre dientes y apretaba los puños. La cólera se sentía en el aire porque sus ojos ardían, observaban al acompañante de Manfred con odio.

Y eso lo asustó. Mucho.

—¡Hijo de puta! ¡Métete con alguien de tu tipo! —gritó antes de abalanzarse. El muchacho no tuvo tiempo para reaccionar, sus exclamaciones lo dejaron perplejo.

Ashton agarró al pobre muchacho de la camisa con violencia y lo zarandó, luego lo estampó contra la pared y empezó a maldecirlo. Manfred estaba muy aturdido como para detenerlo, la sorpresa era tal que no fue capaz de moverse o

pronunciar palabra alguna durante unos cuantos segundos.

El primer golpe cayó directo en el pómulo, el segundo en la mandíbula, después ya no vio más. Escuchaba los quejidos, los gemidos, los impactos de las agresiones, las respiraciones pesadas de aquel con el que creció y los insultos.

Jamás lo había visto tan enojado. Si no hacía algo iba a matarlo.

Esa idea lo sacó de su aturdimiento y fue a separarlos. Con más fuerza de la necesaria lo tomó de los hombros y lo obligó a levantarse, pues ya estaba a horcajadas del otro, repartiendo golpes como un maniático. Ashton estaba fuera de sí.

En otras circunstancias se habría burlado de él y el suceso pasaría a la lista de cosas para recordar; pero no creía que la ocasión fuera a ser graciosa alguna vez.

El castaño se tambaleó ante la rudeza del jalón y talló su rostro con frustración. Observó al individuo, que comenzaba a levantarse del suelo con torpeza.

—Estás enfermo —dijo el agredido con la voz débil. Limpió su comisura con la manga de su ropa y escupió.

—¡Tú eres el maldito enfermo!

Intentó golpearlo de nuevo, pero Manny lo detuvo empujándolo una vez más, reteniéndolo para que se tranquilizara.

Los estragos del asalto eran visibles, una línea rojiza salía de su fosa nasal. Era grande, Manfred no entendía por qué no se había defendido, claramente habría podido derribarlo y vencerlo. La mirada que le dio no le gustó en absoluto. Lo vio escabullirse y perderse entre el gentío. ¡Genial! ¡Simplemente estupendo!

Retrasó todo lo que pudo el momento, pero tuvo que enfrentarlo. Ashton no se veía contento, ¿qué estaría pensando?

Tenía pánico de abrir la boca, tenía pavor de moverse y empeorar las cosas.

—Vámonos —fue lo único que se le ocurrió decir.

No comprobó que lo siguiera, ni siquiera se atrevió a dirigirle otra mirada, se dio la vuelta y comenzó a caminar a la salida. Esquivó a unas cuantas personas. Todos estaban más concentrados en divertirse que en preguntar por qué se iban tan pronto.

¿Qué iba a hacer ahora? No podía esconderse en un rincón y negar lo obvio, quería correr y esconderse para no tener que enfrentar una realidad que lo asustaba.

Un nudo se apoderó de su garganta mientras se subía al viejo Volkswagen de

su padre. Lo cierto era que ya estaba demasiado cansado de fingir, estaba asqueado de esconderse, tal vez ya era momento de enfrentar lo que tarde o temprano vendría.

No había nada malo con él, lo sabía, el problema era que la otra gente no lo entendía, y no podía cambiar la mentalidad del mundo aunque quisiera.

El camino a la casa de Ash fue demasiado silencioso, mientras uno iba perdido en sus pensamientos revueltos el otro miraba la ventana con actitud meditabunda. Se preguntaba por qué Manny no lucía ofendido por los acontecimientos, no se veía asqueado o mortificado, no como estaría cualquiera en su situación. Se veía asustado, impaciente, nervioso; pero nada más.

Cuando lo vio en la fiesta siendo arrinconado por un tipo que le sacaba media cabeza había pensado lo peor, creyó que se había metido en problemas y lo estaban amenazando, lo primero que se le ocurrió hacer fue acercarse para brindarle apoyo. Sin embargo, conforme se aproximaba se hizo consciente de otras cosas. La más importante e impactante consistía en que no estaba siendo amenazado, estaba siendo besado por otro hombre.

Pensó que estaba haciendo lo correcto al lanzarse y golpear al sujeto que lo adhería a la pared, esperaba que Manfred también lo golpeará, no que se quedara parado mirándolo con terror; pero ya no estaba tan seguro, y no le gustaba el camino que estaban tomando sus pensamientos.

Su cuerpo se tensó, necesitaba romper algo.

El coche se detuvo afuera de su casa, todavía sentía la rabia corriendo por sus venas, quería partirle la cara al chico que estaba a su lado por ir tan callado y no calmar su temperamento con explicaciones.

El susodicho suspiró y se aclaró la garganta.

—Una noche extraña, ¿eh? —Ash lo miró con los ojos entrecerrados. ¿En serio? ¿Se iba a poner a bromear justo ahora? Se dio cuenta de su error y volvió a suspirar—. Lo lamento, no sé qué decir.

—Tal vez podrías empezar explicando por qué mierdas no te apartaste. ¿Por qué, Manny? ¿Por qué no lo golpeaste? ¿Por qué estás actuando tan extraño? ¿Qué demonios está sucediendo? —El enojo burbujeó como lava ardiente saliendo de un volcán.

—Esas son muchas preguntas —musitó fijando la vista al frente y tragando saliva—. Yo...

—¿Tú qué? —¡Mierda! Que lo dijera de una vez por todas—. ¡Vamos! ¡Dímelo!  
¡No seas cobarde, Manfred!

Supo que se había excedido cuando él respiró profundo. No quería lastimarlo, pero él se sentía herido.

—Soy gay —dijo, sin más.

Si los alrededores no hubieran estado tan silenciosos no lo habría escuchado, o quizá sí. Su voz era baja, fue un susurro; no obstante, resonaban como si lo hubiera gritado. No podía verle la cara porque estaba volteado, no pudo identificar si era una broma. Seguía esperando que lo fuera.

El estómago de Ashton se revolvió, los ojos se le cristalizaron.

—Me mentiste... todos estos años... —No podía creerlo, simplemente no podía concebir la idea de que su amigo era una persona diferente a lo que había creído.

Manny lo miró con impotencia, se estaban cumpliendo sus peores pesadillas y no podía hacer nada para despertar esta vez. Seguramente lo iba a odiar, lo iba a detestar, se iba a alejar de él. No se había equivocado, era un sueño pensar que él lo apoyaría.

—Ash, escúchame... —intentó hablar; sin embargo, fue silenciado.

—¡No! —exclamó el otro, perturbado.— Tú... ¡Dios, no! ¡No quiero verte!

Y con eso salió, trotó hasta que se perdió en el interior de su casa, de una que también había sido parte de sus días como un hogar.

Tenía que irse, dejar que asimilara la noticia, que aceptara que el chico con el que creció no era lo que él había pensado. Se dijo que era normal que reaccionara de ese modo, trató de justificar la mirada asqueada que le dirigió, pero seguía doliendo, seguía calando en el interior de su pecho.

Joder, dolía como el infierno. No solo porque lo amaba de la forma incorrecta, sino porque Ashton era el único que de verdad lo escuchaba, era su mejor amigo desde que tenía memoria, y también lo amaba por eso. Y lo estaba perdiendo, tal vez ya lo había perdido.

Cuando arrancó el motor lo hizo con un mal sabor de boca, los pocos momentos libres que tenía eran a su lado, todos lo presionaban menos él. Ya no lo tendría. Ash ya no estaría ahí para recordarle que no todo era tan malo aunque lo pareciera.

En otra ocasión lo habría invitado a dormir, hubieran jugado a videojuegos hasta la madrugada con unas latas de cerveza por un lado. En otras

circunstancias, no en esta.

Tenía miedo de que la puerta no se abriera de nuevo, de que lo dejara en el exterior, no solo de su casa, sino también de su vida.

## CINCO

Las dos semanas siguientes pasaron muy rápido. Manny intentaba borrar de su mente los últimos momentos junto a su mejor amigo, que ahora parecía no serlo más. Le dolía, la punzada en el pecho estaba ahí, latente y sangrante.

Intentó encontrárselo muchas veces en los pasillos, en la cafetería, en la biblioteca, hasta en los lugares que frecuentaba. Fue a su casa un par de ocasiones, pero su madre siempre salía y le decía que no estaba. No quería hablar con él.

Sabía que tenía que darle tiempo, pero todo se le estaba escapando de las manos. Lo estaba evitando, ni siquiera le había dado la oportunidad de explicarse el día que se lo encontró en los vestidores.

Lo recordaba con pesar.

Estaba cazando el momento en el que todos se fueran. Así pasó, Ashton se quedó solo abrochándose las agujetas. Salió de su escondite, él alzó la vista y se envaró, tanto que creyó que le saldrían grietas. Los músculos de su cuello saltaron con rabia, seguramente estaba rechinando los dientes, lo miraba con rencor. ¿Tanto le costaba aceptar que era gay? Seguía siendo el mismo de siempre.

—Quiero hablar contigo —susurró con un nudo en la garganta.

—Pero yo no. —Se puso de pie como un resorte y empezó a caminar rumbo a la salida. Man capturó su codo, lo que resultó contraproducente—.

¡¡No me toques!!



Se zafó de su agarre como si quemara. Nada nunca le había dolido tanto como eso, ver su rechazo, el enojo creciendo en sus ojos. Manfred dio un paso atrás sin saber qué demonios hacer. No podía cambiar lo que era, le habría gustado que él lo aceptara porque eso hubiera hecho un amigo.

—Somos amigos, Ash, solo quiero explicarte. —Las lágrimas comenzaron a quemar, pestañeó para apartarlas.

El mencionado respiró profundo y maldijo, se acercó echando humo por las orejas, amenazante. Las aletillas de su nariz se abrían peligrosamente.

—Tú y yo ya no somos amigos, un puto amigo no me habría escondido algo tan importarte, ¿quién mierdas eres? No te conozco, ni siquiera planeabas decirme nada, si no te encuentro ahí con... iugh! —La mueca que hizo le caló hasta los huesos—. No quiero estar alrededor de ti porque eres un maldito mentiroso, un maldito hipócrita. No me busques porque no dudaré en romperte los dientes. —Le creyó.

Una vez dicho todo, se fue. Decidió no seguirlo y dejar que se calmaran las cosas, pero ya no tenía muchas esperanzas.

Ashton nunca había tenido actitudes homofóbicas, pero no era como si hubiera estado expuesto a algo así antes. Tampoco se la iba a pasar lamentándose, aunque le doliera como el infierno, porque además de quererlo como amigo lo amaba.

Adoraba su forma de ser, adoraba cualquier cosa que viniera de él. Estaba mal, desde un principio lo supo, pero no se pudo controlar y ahora era demasiado tarde.

Tendría que aceptar de una buena vez que lo más sano era que estuvieran lejos, nada bueno les iba a traer estar cerca. Así lo aceptara y lo perdonara, debía alejarse porque era un amor imposible.

Se talló las sienes y se llevó la boquilla de la botella de cerveza a los labios, dio un trago que le supo amargo. En otro momento habría ido a la casa de cierto tipo a jugar a videojuegos, ahora estaba solo en una silla de aquel restaurante bar.

Tal vez pediría una hamburguesa con papas fritas para olvidar. Iba a tomar el menú cuando una voz se escuchó a su lado.

—Pero mira a quién tenemos aquí. —Lo reconoció. Era un moreno que exudaba problemas, sus ojos verdes eran pícaros y llenos de travesuras. Lo puso nervioso, no podía creer que tuviera al desconocido al que besó ese día en la fiesta

sonriéndole de lado—. ¿Qué puedo ofrecerte?

Le levantó una ceja, socarrón. Manfred se removió con incomodidad, recién se daba cuenta de su uniforme, era un empleado del restaurantillo. Una placa prendada de su camisa decía que su nombre era Dylan.

—¿Qué puedes ofrecerme? —Le siguió el juego, las comisuras le temblaron.

—El menú lo muestra todo —contestó con simpleza, sin dejar la diversión. El beso había estado bastante bien, aunque no pudo disfrutar lo suficiente.

—Una hamburguesa. —Recibió un guiño.

—A la orden.

Lo vio caminar a la barra y perderse en un cuarto. Sabía que no era sano sacar un clavo con otro clavo, pero este clavo era muy tentador. Los minutos pasaron, su orden llegó y fue colocada frente a él junto con sobres de ketchup.

—Por si te aburres de tu perro guardián. —Los párpados de Manny se pegaron a su frente por el asombro, contempló su sonrisa coqueta mientras depositaba un papelito junto a su plato.

Soltó una risita cuando se alejó y negó con la cabeza. Se relajó por primera vez desde que se había peleado con Ashton y atacó su comida.

\*\*\*

Lo estuvo observando desde la otra esquina del local con los nudillos blancos, ¿por qué mierdas se sentía tan furioso con solo verlo? Lo había visto entrar y sentarse en el lugar más apartado, pidió bebidas.

Man ni siquiera era consciente de que estaba ahí siendo testigo de sus actos. Sus puños se apretaron más por encima de la mesa cuando lo vio coqueteando con el meserito. ¿Siempre había sido así? Nunca lo había visto ligar con chicos, ¿o es que estaba muy ciego como para verlo?

Manny siempre fue reservado con sus relaciones, había salido con una chica muy hermosa cuando iniciaron la escuela, a la cual dejó porque lo perseguía a todas partes. ¿Es que eso era reciente?

Estaba tan confundido, tan furioso, tan enojado, tan... dolido.

Quería golpearle el rostro, quebrarle la nariz y pedirle que le dijera por qué no había sido honesto.

—¡Oh, mira, es Manny! ¡Le diré que se nos una! —exclamó su madre.

Salió de sus pensamientos tan pronto vio que se puso de pie, dispuesta a hacer justo lo que había dicho.

Tomó su muñeca para detenerla.

—No —dijo tajante.

El ceño se le frunció al escuchar la dura negativa. Su abuela y una de sus tías lo observaron con extrañeza. ¿Cómo no hacerlo si esos dos eran uña y carne desde que se conocieron? No podían estar separados.

Todos ignoraron el acontecimiento, no preguntaron y se adentraron a una plática cómoda. Ashton se relajó; no obstante, no podía evitar dirigirle miradas de soslayo. Se regañó mentalmente por eso.

¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Debería escucharlo? Esa y mil preguntas se precipitaban en su cabeza. Ya habían pasado dos semanas y no podía negar que lo extrañaba, nunca se habían separado antes.

Man era como su hermano, le había brindado seguridad cuando más lo necesitaba. Y a alguien que te apoyó cuando lo necesitaste no le deberías dar la espalda, ¿o sí?

Quizá estaba siendo muy duro. Toda la furia contenida hirvió al verlo salir y ser seguido por el sujeto. Intentó contenerse, pero ¡por Dios que no pudo!

Se levantó como alma poseída por el diablo y fue detrás de ellos.

\*\*\*

Una mano se posó en su hombro, se giró y se encontró con la sonrisa del chico con ojos color aceituna. Ambos abrieron la boca para hablar, pero la cerraron al no saber qué decir.

—Quería preguntarte si quie... —El pobre tipo no pudo terminar de hablar porque fue tomado por la camisa y lanzado hacia otra parte—. ¿¡Qué demonios te pasa, idiota!?

Manny, sin poder creérselo, se interpuso entre los dos muchachos furiosos. La pálida piel de Ashton estaba cubierta por una capa de rubor rojizo, otra vez tenía la mirada asesina del día del bar.

¿De dónde demonios había salido?

—¡Aléjate de él, maricón! —gritó Ash a todo volumen.

¡Dios santo! ¿Acaso estaba demente? ¿Qué era todo ese espectáculo?

Afortunadamente no había nadie mirando la escena. Parecía que si se quitaba iba a lanzarse para romperle el cuello, había perdido el juicio.

Quería llorar, reír y zangolotearlo.

—¡Basta, Ashton! —exclamó, alto y fuerte. Le dio un empujoncito para alejarlo y que se calmara. Se fijó sobre su hombro y se encontró a Dylan rebosando enojo, ¡cómo no! Si con esa ya eran dos agresiones—. Te llamo.

El agredido asintió y sonrió.

—El día que quieras, pero no olvides ponerle bozal —respondió antes de ingresar al restaurante sin mirar atrás.

—Imbécil de mierda —gruñó entre dientes Ash.

Man olvidó las sutilezas, no iba a permitir que se comportara así. Él también era un maricón, le gustara o no. Lo empujó duro hasta que el otro se tambaleó y le dio una mirada furibunda.

Se le quedó mirando con los ojos entornados. De verdad que no lo entendía, un día lo mandaba a la mierda y al siguiente venía todo rabioso a golpear a un chico inocente. Suspiró.

—¿Qué quieres, Ashton? —preguntó, cansado, mirando a todas partes menos a él. Sus palabras le seguían doliendo, no quería escucharlas otra vez, no deseaba volver a ser testigo de cuánto lo detestaba.

—Hablar.

Sus miradas se buscaron y ya no pudieron despegarlas.

## SEIS

Ashton Ford quería hablar con él después de haberlo ignorado por días, pasar de largo, golpear a Dylan sin razón alguna y mandarlo a la mierda. Soltó una risita sarcástica, no tenía ganas de lidiar con su genio. Definitivamente tenía mejores cosas que hacer.

—Pues ahora no quiero hablar contigo, lo siento. —Manny se dio la vuelta y

suspiró. Metió las manos en los bolsillos y caminó dando zancadas largas para alejarse lo antes posible.

—¡Espera, Man! —Se emparejó a su costado y empezó a caminar a su ritmo. No quería mirarlo porque sabía que terminaría cediendo, siempre era lo mismo—. Sé que no me porté bien, ¿de acuerdo? Por eso necesito que hablemos.

—¿Para qué? Creo que lo dejaste muy claro el otro día, dijiste que no me metiera en tu camino de nuevo, yo aprecio mi rostro, no quiero que me rompas la nariz. — El sarcasmo hizo justo lo que pretendía.

Ashton se puso de los nervios. ¿Y si de verdad había perdido ya a su mejor amigo por no escucharlo antes?

Lo tomó del codo para detenerlo y se detuvo en seco, pero no lo enfrentó. Estancó la mirada en un bote de basura verde que estaba enterrado en el suelo. Un perro olfateaba el metal y levantó la pata para marcar territorio. Con una mueca, lo miró. Ash estaba frente a él con esa mirada que lo enervaba.

—Lo siento, estaba enojado, Manny.

—Porque soy gay —bufó entre dientes.

—No, no me molestan tus preferencias sexuales, me enfurece que no me lo hayas dicho. Somos como hermanos, ¿por qué no confiaste en mí?

Intentó ignorar la punzada de dolor que le produjo la frase «somos como hermanos». Los hermanos no debían sentir lo que sentía por él. La enterró en alguna parte de su cerebro y la guardó bajo llave porque no quería seguir atormentándose con algo que iba a pasar toda la vida, si es que toda la vida lo tenía a su lado.

Estaba cansado de sentir esa atracción, ese amor. Deseaba con fuerzas arrojarlo al vacío y seguir con su vida.

Deseaba ver a Ash con una chica y no sentir que el alma se le dividía por la mitad; pero, sobre todo, quería mirarlo y ofrecerle una amistad sincera porque se lo merecía.

Y se sentía miserable también, como una pequeña basura, al esconderle cómo lo veía. No obstante, y aunque un buen amigo habría sido honesto, no quería ver cómo se asqueaba de lo que Manny consideraba puro.

—No es que no confiara en ti, Ashton, deja de hacerte la víctima. No tienes idea de lo difícil que es, tuve que aprender a aceptarme, fue tan difícil porque detestaba ser homosexual, odiaba que las chicas no me gustaran como a los otros. Si ya fue

complicado para mí, sería peor para el resto del mundo.

—¿Ibas a decírmelo alguna vez? —preguntó.

Lo sopesó, dudó por un instante, pero los hombros de Man cayeron.

—Sí, no me gusta fingir, estoy harto de tener que mostrar algo que no soy. —Su tono melancólico hizo que Ash se sintiera la peor de las personas, ¡mierda! Lo había lastimado. Se había comportado como un cretino homofóbico con su mejor amigo casi como un hermano, con la persona que siempre había estado ahí para apoyarlo cuando se deprimía por su padre ausente. Manny jamás se quejó, lo ayudó a salir adelante.

—¿Tus padres lo saben? —Recibió una mirada de incredulidad y una carcajada.

—¿De verdad crees que seguiría viviendo en esa casa si lo supieran? No quiero imaginar lo que dirá mi padre el día que se entere de que me gustan los penes.

Ashton se atragantó con su saliva y tosió. Escuchar todo eso era todavía demasiado extraño.

Sabía que no debía decir cosas tan directas, porque estaba asimilando que su amigo era diferente a lo que creyó que era; pero era mejor arrojarle toda la bomba.

—¿Ese sujeto es tu... pareja? —Al principio no captó la pregunta, levantó una ceja y lo vislumbró señalar el restaurante con la barbilla—. El meserito, ¿es tu novio?

Le estaba costando sobremanera pronunciar las preguntas, que-ría hablar en un lugar más privado y no ahí, en medio de la calle, con las personas yendo de un lado a otro. Sin embargo, Manny estaba estancado en el suelo, estaba dejando claro que no quería estar a solas con él, y eso le dolió. No supo por qué.

¿Las cosas iban a cambiar ahora? Ash sabía que nada sería lo mismo, pero estaba dispuesto a intentarlo porque lo quería, no veía su vida lejos de ese chico. Le gustaran los hombres o las mujeres o ambos, era su amigo, su cómplice y compañero de travesuras desde siempre.

—*Nop*, no tengo pareja por el momento —dijo, evitando el contacto visual.

—¿Por qué lo besaste el otro día si no es tu pareja? —cuestionó Ash con los puños apretados.

—Mierda, Ashton, ¿por qué demonios besas tú a las chicas? ¿Eh? Es exactamente lo mismo, solo que no me van las vaginas. —Los dos se miraron con furia, ni siquiera entendían por qué estaban tan molestos.

—¡Es una maldita pregunta! Disculpa, solo quiero saber, Man, tampoco es fácil

para mí. Somos amigos, así que ayúdame un poco a que sigamos siéndolo, te comportas como si no te importara.

El mencionado suspiró, el nudo en su garganta amenazaba con ahogarlo. No quería ser un idiota, por algún motivo no se sentía cómodo hablándolo con Ash. No pretendía perderlo, pero tampoco lo quería demasiado cerca.

—Lo lamento —susurró—. Nunca he hablado de esto con alguien y... es... Me da miedo.

Lo sintió acercarse, Ashton buscó su mirada y le sonrió con sinceridad. Su corazón dio un vuelco, ¿por qué no actuaba como hace unos días? Todo sería más sencillo si se alejaban.

—Está bien, no voy a juzgarte, Manfred, ¿cuándo lo he hecho? —Le regresó la sonrisa y enfocó sus ojos, esos en los que quería perderse. Nunca alcanzaba a admirarlos del todo, debía quitar la vista.

—Nunca, excepto cuando te enteraste de que me gustaba ponerle salsa kétchup a la pizza. —El otro lanzó una carcajada al recordar el suceso.

Después la seriedad volvió a su rostro.

—¿Me has perdonado? —preguntó.

—Sí. —Man agachó la cabeza para que no viera por qué lo había perdonado.

No iba a perderlo, no a Ashton, así que haría todo lo posible por asesinar los latidos de su corazón, iba a hacer cualquier cosa para dejar de quererlo de esa manera.

Estaba seguro de que, cuando todos se enteraran, el único que quedaría sería Ash, no permitiría que sus sentimientos lo apartaran. No soportaría no tenerlo en su vida.

Los dos caminaron por la avenida sonriendo, ambos con un propósito: no perder al otro.

## SIETE

—Así que... —Ash suspiró para ahogar el nerviosismo en lo más profundo de su ser. Manny jamás estuvo tan callado antes, tragó saliva y lo miró, esperando que dijera algo, pero no lo hizo, tan solo le regresó la mirada. Se preguntó qué estaría pensando—. Las cosas entre nosotros no van a ponerse raras, ¿verdad?

—¿Quieres que se pongan raras? —Man soltó una carcajada al ver su mirada furibunda, luego carraspeó ya más serio—. Oye, eres mi mejor amigo y te quiero, lamento no habértelo dicho antes, tenía miedo de que fueras como esos lunáticos que detestan a los homosexuales. Creí que me odiarías y, bueno... no soportaría que tú también lo hicieras.

—Estás siendo cursi —dijo el otro, divertido.

A Manny le dio un vuelco violento el corazón, pues el otro se mordió el labio para retener la risa. Miró hacia otra parte y guardó las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Es una broma. —Lo escuchó, viendo fijamente un punto de la acera—. Eres importante para mí, lo sabes de sobra, me molesté porque crecí a tu lado, compartimos casi todo y nunca me di cuenta. Me enojé porque yo nunca puedo esconderte nada y tú te escondiste de mí todo el tiempo. Me hubiera gustado regresarte el favor en los tiempos difíciles.

Oh, Dios, no tenía ni idea de que la única cosa difícil era verlo y ansiar arrancarle la puta boca.

Eso estaba muy jodido, él estaba realmente jodido.

—No quiero agobiarte, Man, solo te pido tiempo para acostumbrarme. —Lo miró y asintió. El rostro del chico se convirtió, esbozó una sonrisa pícaro de lado, supo inmediatamente que cualquier cosa que fuera a decir lo haría desear romperle la nariz—. Todos estos años te diste un buen festín visual con este cuerpo.

Sip, quería machacarlo. Giró los ojos y lanzó un bufido, escuchando una serie de carcajadas que, muy a su pesar, lo divirtieron.

—Madura, Ash, no fue nada del otro mundo. —Eso haría a partir de ahora, escondería cualquier sentimiento fuera de lugar hasta que se ahogara por falta de aire y muriera en lo más profundo. Cuando todo estuvo silencioso de nuevo, los amigos se contemplaron—. Gracias por aceptarme.

El chico le dio una sonrisa y golpeó amistosamente su rostro, antes de despedirse y entrar a su casa.



De pensar que lo perdería, ahora sabía que debía dejar atrás sus sentimientos y darle la amistad sincera que se merecía.

Sabía que Ashton le guardaría el secreto que, aunque tarde o temprano saldría a la luz, por el momento Manny guardaba como si fuera misterio de estado. Regresó a donde su familia, no feliz, tampoco triste; al menos las cosas salieron mejor de lo que creyó.

\*\*\*

Semanas después entró al mismo restaurante, tal vez era una decisión estúpida, las cosas podrían escaparse de sus manos; pero le importó poco. Se sentó en la barra y lo contempló haciendo una bebida.

La verdad es que era muy apuesto, su barbilla afilada, su cuerpo trabajado y sus ojos aceituna eran la combinación perfecta para crear desastre y peligro.

Sirvió cervezas a un grupo de jóvenes y luego se acercó a él, sonreía de lado. Man frunció el ceño, ¿ya sabía que estaba ahí o qué demonios?

—Te vi cuando entraste, ¿qué te sirvo? —dijo Dylan con la ceja alzada.

—¿Qué me ofreces? —Manny recibió una risita entre dientes y recordó la segunda vez que se encontraron, la conversación le resultó familiar. Sí, este chico le gustaba muchísimo. Le agradaban las arruguitas que aparecían en las esquinas de sus ojos al reír y cómo lamía continuamente su labio inferior. Alcanzó a ver un destello que no vio antes, había un *piercing* diminuto en su ceja. Era un chico malo, justo lo que necesitaba.

—Si me esperas unos veinte, lo que quieras —musitó y se alejó para atender a una pareja.

Salió para tomar aire y esperarlo, se recargó en una pared. No pudo evitar pensar en el transcurso de los días desde que arregló las cosas con Ash.

Su actitud con él no había cambiado casi nada, almorzaban juntos, bromeaban, iba a su casa después de la escuela a hacer cualquier tontería para evitar a sus padres, todo era igual excepto que se pasaba vigilándolo la mayor parte del tiempo. Si lo veía platicar con un chico cualquiera, se paraba a su lado como un guardián o decía palabras mordaces para que dejara a Man solo.

Parecía una especie de policía que no lo dejaba socializar, sobre todo con hombres. Se cansó de explicarle que ninguno le atraía, que a ninguno lo veía de

otra forma más que como se ve a un compañero, pero por alguna razón Ashton creía que debía alejarlo de todos. Si hubiera sido otro, habría pensado que eran celos, claro que esa idea fue descartada inmediatamente.

¿Qué hacía ahí entonces? Estaba escapando.

Pudo salir antes de la escuela e ir a cualquier parte donde no estuviera su mejor amigo, porque necesitaba espacio y ver a Dylan para pedirle disculpas por el comportamiento del otro.

No lo sintió a su lado hasta que este habló.

—Supongo que vienes solo, no quiero recibir otro golpe de parte del rabioso rubio. —No le gustaba que hablara así de Ash, sin embargo, era comprensible la repulsión del moreno, pues había sido agredido.

—Vengo solo, tu lindo rostro no sufrirá ningún daño el día de hoy.

—Está bien, eso te ha atraído hacia mí, no me preocupo. —Podía ver el fuego irradiando en sus ojos, miró dos segundos sus labios regordetes y se rogó concentración.

—No te equivocas, quería venir para disculparme. Ashton es mi mejor amigo, no sabía que soy gay, creyó que me estabas obligando. —Dylan silbó entre dientes y cruzó los brazos por encima de su pecho.

—¿Y por qué me golpeó por segunda vez? —preguntó con la ceja alzada y soltó una risotada al no obtener respuesta—. Ya veo, dicen por ahí que a veces se necesita un poco de cliché en tu vida, ¿no te gustaría experimentar algo más excitante que eso?

Man se quedó mudo, contemplando cómo se le acercaba y le palmeaba el hombro para después perderse en la avenida, no sin antes decir:

—Ya sabes dónde buscarme.

\*\*\*

Llegó a casa a eso de las seis de la tarde, el aire olía a que algo se estaba cocinando en el horno. Iba a ir a saludar a su madre cuando su padre se plantó frente a él.

—¿Ya has pensado qué talleres tomarás en la Facultad de Eco-nomía? La oportunidad para matricularte es en unas semanas. En lugar de estar fuera, deberías revisar si te pueden dar una beca por pertenecer al equipo de básquetbol.

—Miró sus facciones duras y cómo deslizaba sus lentes hacia arriba por el largo de su nariz.

—Me saldré del equipo de básquetbol. —Lo escuchó aspirar aire y vio que las aletillas de su nariz se abrieron. El señor Clark empezaba a enfurecerse, así que, como ya había dado el primer golpe, daría la estocada final. No iba a pasar su maldita vida haciendo algo que odiaba solo para agradarle—. Y no estudiaré nada que tenga que ver con eso, así que deberías quitar esa idea de tu cabeza de una buena vez.

Se dio la vuelta para subir las escaleras y encerrarse en su alcoba con los audífonos bien puestos, pero se detuvo al escucharlo.

—Eres un mediocre, siempre lo has sido, ¿planeas vivir de qué? No pienso mantenerte, serás la vergüenza de la familia. La comunidad se va a reír de que el hijo de Edward Clark es un bueno para nada. —Sus palabras ya no le dolían, había aprendido a soportar y dar vuelta a la página.

—Prefiero ser un bueno para nada que ser un hipócrita que habla de Dios y luego ofende a su hijo. —Tragó saliva cuando su padre alzó la mano para darle una palmada en la mejilla.

—¡Ed! —gritó Olivia, saliendo despavorida de la cocina y lanzándose para interponerse entre los dos con los ojos vidriosos. La mano se detuvo en seco.

—No lo hagas, mamá, no vaya a ser que también te quiera pegar a ti.

Sin quedarse a contemplar o a escuchar más mierda, salió de la casa, sintiendo que el aire le faltaba y que se asfixiaba. Respiró hondo una y otra vez, pero no logró apaciguarse.

Sus pies andaban automáticamente, y sin ser consciente se dirigía hacia esa avenida conocida que tanta paz le traía, podría haber ido a la arboleda, pero prefirió ir con las únicas personas que vendaban sus heridas.

Se detuvo afuera de la casa de Ashton con los ojos picándole, con los pulmones rogando oxígeno y la desesperación bullendo.

Levantó el puño para tocar la madera, solo que no pudo hacerlo, pues la puertilla fue abierta en ese momento y reveló a su mejor amigo sosteniendo a Emily, su novia, con una sonrisa.